

Lineamientos sobre la «paradoja» en S. Kierkegaard María J. Binetti (Conicet – Argentina)

Comentario presentado en Lima, el 14 de noviembre de 2013, en el marco del evento “200 años después: Søren Kierkegaard, un romántico imposible”, organizado por el Centro de Estudios Filosóficos de la Pontificia Universidad Católica del Perú (CEF-PUCP)

La paradoja se dice en muchos sentidos y formas, todas las cuales remiten en última instancia a la superación de los principios de identidad y no-contradicción. Si según el principio de identidad y no-contradicción « $A = A$ » y «no $A =$ no A », según el principio de la paradoja « $A = A$ y no A », y su identidad se produce de manera dialéctica, sintética y diferencial.

En una palabra, el principio de la paradoja remite a un nuevo concepto de IDENTIDAD RELACIONAL, donde el sujeto compone la unidad de elementos opuestos, a la vez que se relaciona él mismo con su fundamento que lo sostiene. En ambos sentidos, la UNIDAD DIFERENCIAL resultante se constituye PARADOJICAMENTE. Leemos en este sentido:

“El espíritu es el yo. Pero ¿qué es el yo? El yo es una relación que se relaciona consigo misma, o bien es lo que, en la relación, se relaciona consigo mismo. El hombre es una síntesis de infinitud y finitud, de tiempo y eternidad, de libertad y necesidad, en breve, una síntesis. Una síntesis es una relación entre dos cosas. Pero considerado así el hombre aun no es yo.

En la relación entre dos cosas, la relación es lo tercero como unidad negativa, y las dos cosas se relacionan con la relación y en la relación con la relación misma. Así, bajo la determinación del alma, la relación entre el alma y el cuerpo es una relación. En cambio, si la relación se relaciona consigo misma, esta relación es lo tercero positivo, que es el yo.

Tal relación que se relaciona consigo misma, el yo, debe o bien haber sido puesta por ella misma, o bien haber sido puesta por otra cosa.

Si la relación que se relaciona consigo misma ha sido puesta por otra cosa, la relación es por cierto lo tercero, pero esta relación, esto tercero no es menos una relación que se relaciona con lo que ha puesto la relación entera (...)

Tal es en efecto la fórmula que traduce el estado del yo una vez que la desesperación ha sido por entero extirpada: el yo que se relaciona consigo mismo y quiere ser sí mismo deviene transparente y se funda en la potencia que lo ha puesto”¹.

CATEGORÍA ONTOLÓGICA

Por paradoja se entiende ante todo una realidad “metafísica”², determinada por “una síntesis de categorías cualitativamente heterogéneas”³.

¹ S. Kierkegaard, *Søren Kierkegaards Samlede Værker*, ed. A. B. Drachmann, J. L. Heiberg, H. O. Lange, A. Ibsen, J. Himmelstrup, 2ª ed., 15 vol., Gyldendal, København 1920-1936 [en adelante SV²], XI 143-145.

Su contradicción promueve tanto el DEVENIR como salva la TRASCENDENCIA:
“En esencia, la paradoja es precisamente la protesta elevada contra la inmanencia”⁴.

La paradoja es “LA PRIMERA FORMA, por cierto, tanto de la historia del mundo como de la conciencia”⁵.

CATEGORÍA EXISTENCIAL

Su dimensión ontológica se expresa en toda existencia y, particularmente, en la EXISTENCIA SINGULAR.

La paradoja “comporta una polémica contra la existencia”⁶, que consiste en el choque de “categorías cualitativamente heterogéneas”⁷, a través del cual el hombre llega a ser un Individuo⁸. Esta polémica existencial de raíz metafísica consiste en que la existencia/subjetividad es tan eterna, infinita e inmutable cuanto temporal, finito, mudable. La paradoja “se encuentra la desproporción, la contradicción entre lo infinito y lo finito, lo eterno y el devenir”⁹.

Desde el punto de vista del ENTENDIMIENTO REPRESENTATIVO, la paradoja marca el límite negativo de toda intelección. En este sentido, la síntesis de la paradoja es un ABSURDO incomprensible que no puede ser pensado, porque todo acto de pensar se ejerce en la inmanencia, mientras que lo paradójico constituye una esfera cualitativa aparte, remite a una DIFERENCIA ABSOLUTA, vale decir, al ABSOLUTO MISMO.

Kierkegaard explica que “el conocimiento humano se arroga generalmente un gran trabajo por comprender y comprender; pero si quiere esforzarse un poco por comprenderse a sí mismo, debe simplemente establecer la paradoja. La paradoja no es una concesión sino una ‘categoría’; una determinación ontológica que expresa la relación entre un espíritu existente, cognoscente, y la verdad eterna”¹⁰.

Desde el punto de vista de la inteligencia finita, la paradoja es “la verdad tal como es para Dios”¹¹, esto es, medida con un criterio sobrehumano y ordenada al entendimiento de

² S. Kierkegaard, *Søren Kierkegaard's Papirer*, ed. P. A. Heiberg, V. Kuhr - E. Torsting, 2ª ed., 20 vol., Gyldendal, København 1909-1948 [en adelante *Pap.*], IV A 62; cf. también IV C 84.

³ S. Kierkegaard, *Pap.*, X² A 481.

⁴ S. Kierkegaard, *SV²*, XI 114.

⁵ S. Kierkegaard, *Pap.*, IV C 29.

⁶ S. Kierkegaard, *Pap.*, IV A 62; cf. también IV C 84.

⁷ S. Kierkegaard, *Pap.*, X² A 481.

⁸ Cf. S. Kierkegaard, *Pap.*, IV A 156.

⁹ S. Kierkegaard, *SV²*, VII 77; cf. también *Pap.*, II A 755.

¹⁰ S. Kierkegaard, *Pap.*, VIII¹ A 11.

¹¹ S. Kierkegaard, *Pap.*, X² A 481.

manera negativa y dialéctica. Ella no designa una realidad en sí misma ininteligible, sino antes bien el límite negativo de una realidad suprarracional.

En este sentido, las *Migajas filosóficas* llaman a la paradoja el “amor infeliz”¹² de la razón.

La paradoja es La PASION del pensamiento y la existencia

La paradoja es la “pasión del pensamiento”¹³, y más precisamente su pasión autosuperadora, porque “lo propio de toda pasión llevada a su máximo es siempre querer su propia ruina: lo mismo la pasión suprema de la razón es querer un obstáculo, aunque éste cause su pérdida, de un modo u otro. La suprema paradoja del pensamiento es así querer descubrir algo que escape a su dominio”¹⁴.

“Paradoja y pasión concuerdan perfectamente”¹⁵, porque la coexistencia de infinito y finito, eternidad y tiempo exige de la fuerza de la acción libre.

La paradoja hace posible la REPETICION y el devenir SINGULAR.

CATEGORÍA RELIGIOSA

La paradoja atraviesa la constitución de la existencia religiosa según sus principales categorías: PECADO y FE, CRISTO, AMOR y GRACIA.

El PECADO es la paradoja absoluta de la libertad: “lo otro”¹⁶ de sí misma, “lo negativo”¹⁷, que coincide con la impotencia¹⁸ o la imposibilidad de su poder infinito. Esta negatividad posee, sin embargo, una fuerza de contradicción infinita.

En el pecado, la libertad se afirma contra sí misma y contra Dios, y esto constituye una paradoja incomprensible e inteligible, en la cual se expresa la esencia del mal. “Lo incomprensible, lo impenetrable, el secreto del mundo, justamente porque es algo sin razón, la interrupción arbitraria [...] la incomprensibilidad del pecado no deriva de un conocimiento limitado, de manera que por especular se llegara a comprenderlo. No, la incomprensibilidad constituye justamente la esencia del mal”¹⁹.

Por afirmarse en contra de Dios, la fuerza negativa del pecado supone la trascendencia

¹² S. Kierkegaard, *SV²*, IV 242.

¹³ S. Kierkegaard, *SV²*, IV 230.

¹⁴ S. Kierkegaard, *SV²*, IV 230.

¹⁵ S. Kierkegaard, *SV²*, VII 216.

¹⁶ Cf. S. Kierkegaard, *SV²*, IV 471

¹⁷ S. Kierkegaard, *SV²*, IV 432.

¹⁸ Cf. S. Kierkegaard, *Pap.*, VIII¹ A 64; VIII¹ A 497; IX A 341.

¹⁹ S. Kierkegaard, *Pap.*, X² A 436.

La paradoja del pecado –por lo mismo que se mide contra Dios– expresa una realidad trascendente. Ella no mide oposiciones relativas sino una contradicción absoluta o una “diferencia cualitativa”²⁰ infinita.

La paradoja de la FE

La fe expresa la unión o reunión de lo que el pecado separa (tanto los opuestos relativos como la diferencia absoluta). Por eso su objeto es la paradoja.

La fe es una paradoja, porque en ella coexisten e insisten sin anularse las categorías más opuestas: el tiempo y la eternidad, la contingencia y la necesidad, la multiplicidad y la identidad, el movimiento y el reposo, lo inmediato y lo mediado, de cuya heterogeneidad deriva el “carácter doble”²¹ o la doble naturaleza de la realidad singular, su carácter dialéctico y sintético. En este sentido, el principio dominante de la dialéctica de la fe es la implicancia de los contrarios, vale decir, la presencia simultánea de un término en su opuesto, así como la unión diferenciada con lo divino.

“Es de gran ayuda aclarar sin más que el objeto de la Fe es el absurdo, esto acorta ‘poderosamente’²², porque frena las pretensiones argumentativas de la inteligencia conceptual y despeja el espacio de la decisión absoluta.

“Hay paradoja precisamente para que no se tome la dirección de la especulación, del razonamiento etc. sino que se vaya en la dirección del existir, del expresar existencialmente el Cristianismo”²³.

“No cualquier absurdo es el absurdo o la paradoja de la fe”²⁴. En efecto, “es algo muy superficial creer que el absurdo no sea un concepto y que al ámbito del absurdo pertenezcan igualmente cualquier género de absurdos. No, el concepto de lo absurdo se halla propiamente en ‘comprender que no se puede y no se debe comprender’: una categoría negativa, pero tan dialéctica como cualquier principio positivo. El absurdo, la paradoja, está construido de modo tal que la razón no puede por sí misma resolverlo y mostrar que no tiene sentido. No, él es un signo, un enigma, un enigma de síntesis, sobre el cual la razón debe decir: es irreductible, incomprensible, pero no por eso un sin sentido”²⁵.

En relación con el entendimiento representativo, el *Post-scriptum* define la fe como “la incertidumbre objetiva producida por el choque y el rechazo del absurdo, incertidumbre guardada en la pasión de la interioridad, pasión que es precisamente la relación de la interioridad elevada a su más alto grado de intensidad”²⁶. Esto significa que es la incertidumbre la que potencia negativamente el *pathos* de la fe y permanece en ella como la

²⁰ Cf. S. Kierkegaard, *Pap.*, V A 16; X² A 296; X³ A 23; X⁴ A 258; XI¹ A 2, XI¹ A 67, XI¹ A 495.

²¹ Cf. S. Kierkegaard, *SV*², VII 62.

²² S. Kierkegaard, *Pap.*, X² A 624.

²³ S. Kierkegaard, *Pap.*, X³ A 424. *La enfermedad mortal* asegura en este sentido que “el escándalo es la defensa del orden cristiano contra toda especulación” (S. Kierkegaard, *SV*², XI 219).

²⁴ S. Kierkegaard, *Pap.*, X² A 354.

²⁵ S. Kierkegaard, *Pap.*, X² A 354.

²⁶ S. Kierkegaard, *SV*², VII 602.

posibilidad de un escándalo, actualmente superado, pero siempre latente. La fe es entonces “perder la razón para ganar a Dios”²⁷.

El lugar de la decisión de la fe es el INSTANTE: átomo de la eternidad en el tiempo

“En el instante en torno al cual gira todo, resuena la paradoja”²⁸, y lo paradójico es “que una beatitud y una infelicidad eterna se decidan en el tiempo, por relación a algo histórico”²⁹ y trascendente a la vez.

La estructura paradójica del instante tiene una matriz cristológica. En efecto, hay una analogía estructural entre la existencia del Cristo –hombre y Dios– y el momento de la elección –eterno y temporal a la vez. Desde el punto de vista racional, la unión de estos dos poderes contrarios es incomprensible y sin embargo, desde el punto de vista subjetivo, es el hecho absoluto, cuya contradicción atraviesa toda la existencia.

La existencia entera de CRISTO es paradoja y escándalo: la Verdad eterna devenida historia singular³⁰. La paradoja consiste en que Dios se hace uno con el hombre: esa realidad *teándrica*, que se de manera ejemplar en Cristo, pero que en cierto modo se repite en todo individuo singular existente.

En sentido supremo, la paradoja es el AMOR, porque el amor hace la unidad manteniendo la diferencia. La reduplicación amorosa olvida el pecado y restituye la unión consigo mismo, con Dios y con el prójimo.

En última instancia, el amor es GRACIA, y su paradoja consiste en poderlo todo, incluso lo imposible, en la propia imposibilidad de la libertad humana. “[...] Dios puede colaborar con lo que sin embargo sólo la libertad puede hacer. Sólo la libertad puede hacerlo: pero qué sorpresa para el hombre poder expresarse agradeciéndoselo a Dios, como si hubiera sido Dios quien lo hiciera. Y en su alegría de poderLe agradecer él es tan feliz que no quiere escuchar nada más, no quiere sentir absolutamente nada, sino a Dios mismo. Lleno de reconocimiento, él refiere todo a Dios y ruega a Dios que las cosas sigan tal cual son: que sea Dios quien lo hace todo. Porque él no cree en sí mismo, sino sólo en Dios”³¹. “Con Dios podemos todo”³², porque su “gracia es la fuente infinita”³³.

²⁷ S. Kierkegaard, *SV*², XI 170.

²⁸ Cf. S. Kierkegaard, *SV*², IV 242 ss.

²⁹ S. Kierkegaard, *Pap.*, X² A 501; también *Pap.*, XI¹ A 296; XI¹ A 297; XI¹ A 329; XI² A 382; *SV*², VII, p. 1; VII 7, 561 ss.

³⁰ Cf. S. Kierkegaard, *SV*², IV 250.

³¹ S. Kierkegaard, *Pap.*, XI² A 439.

³² S. Kierkegaard, *Pap.*, X⁵ A 5.

³³ S. Kierkegaard, *Pap.*, X² A 451.